tomando el hábito, experimentó tan grande alegría de haber abrazado aquel estado, que no le trocara por ninguno de los más envidiados del mundo. Así favorece su Majestad á los que por servirle se hacen fuerza.

CAPÍTULO IV.

Noviciado de Teresa.—Hace la profesión con grande alegría.—Enferma la Santa, y su padre D. Alonso llévala á curar á Bezadas.—Lee en casa del tío de Ortigosa la tercera parte del Abecedario de Osuna, y comienza á tener oración sobrenatural.—Cómo por su medio vino á convertirse un clerigo que traía mala vida.—Cae en un parasismo que le dura cuatro dias.—Deplórase el descuido de las familias en acudir á tiempo con los últimos Sacramentos.—Vuelve Teresa en sí, y cuenta lo que ha visto.

Es fiel nuestro buen Dios y muy largo en el remunerar, y si cuando invita á que le sigamos, nos hacemos alguna fuerza, luego da el ciento por uno, premiando superabundantemente nuestros cortos sacrificios. Así aconteció con nuestra magnánima Teresa. Después que, violentándose á sí misma, y siguiendo el consejo de San Jerónimo, hubo triunfado de su misma flaqueza y de las más caras

afecciones, encerrándose para siempre en el asilo del claustro, derramó el Señor sobre su alma raudales de paz y dulzura, de tal suerte que encontraba deleite en todas las cosas de religión, y ninguna ocupación hallaba tan baja y humilde que le pudiera dar pesadumbre. Ejercitábase con gusto en el oficio de barrendera y otros análogos en horas que antes solía gastar en curiosidades y galas; y acordándose que estaba libre de semejantes vanidades, experimentaba gozo inexplicable. Durante el año de noviciado recibió del Cielo el don de lágrimas, y como procurase algunos ratos de soledad para llorar en presencia de Dios lo que ella llamaba sus extravíos, dieron en decir algunas monjas que por ventura no estaba contenta en aquella casa, y otras cosas que la mortificaban mucho; mas con el contento que tenía de verse religiosa, todo lo llevaba con alegría.

Encontrábase entonces en el monasterio una religiosa con tan penosísima enfermedad, que solo el recordarla hace temblar: habiánsele abierto unas bocas en el vientre por donde arrojaba los alimentos, de lo que no tardó mucho en morir. Admiraba nuestra fervorosa novicia la heróica resignación que aquélla tenía en medio de sus terribles padecimientos, y habíala por ello grande envidia Atrevióse á pedir al Señor que dando á ella paciencia, cual observaba en la sufrida monja, le enviase cuantas enfermedades fuese servido. Ninguna temía, porque estaba tan determinada á hacer méritos para la vida eterna, que cualquiera trabajo llevaría por amor de Dios. Échase aquí de ver el temple admirable del alma de Teresa, siempre grande, siempre heróica. Bien quiso su Majestad conformarse con la voluntad de su Sierva en esto de padecer enfermedades, pues antes de dos años envióselas muy graves y en extremo penosas.

Acabado el año de noviciado, hizo la profesión religiosa con grandísimo contento espiritual, no hartándose de dar gracias al Señor que se dignaba tomarla por esposa. Á poco de haber profesado, la mudanza de la vida y de los manjares hízole daño en la salud, y comenzaron á darle fuertes desmayos, y un mal de corazón tan recio, que á todos ponía espanto. Añadiéronse á esto otros muchos males, de manera que todo el cuerpo tenía en contínuo tormento, sin que le aprovecharan de algo las medicinas que le daban. Viendo el entrañable D. Alonso que el mal de su hija era gravísimo, y que llegaba hasta privarla muchas veces del uso de los sentidos, puso mucha diligencia en buscar remedios oportunos. Como no los encontrase en Ávila, pues los médicos de la ciudad no le daban esperanzas de sanarla, previo permiso del Superior, determinó llevarla á un pueblo, llamado Bezadas, donde había una mujer que, según era fama, curaba enfermedades análogas.

Á principio del invierno del año 1535 salió Teresa del monasterio (1) hecha una lástima, acompañada de su amiga Juana Juárez; mas, como la cura no convenía hacerla hasta venida la primavera, por no andar yendo y viniendo, acordaron llevarla con su hermana á Castellanos de la Cañada, no lejos de Bezadas. Al dirigirse á dicha aldea, hubo de posar algunos días en casa del tío de Ortigosa, el cual, como notase en su sobrina paladar más bien dispuesto que la primera vez para saborear las cosas del espíritu, dióle á leer un libro intitulado: *Tercera parte del Abecedario*, obra com-

(1) Es de advertir que antes del Concilio de Trento, no se guardaba clausura rigorosa en todos los monasterios de monjas, y que en el de la Encarnación, donde estaba la Santa, no se prometía. Por eso no extrañará el lector que con licencia del Prelado pudiera salir así en esta ocasión como en otras, de que se hablará más adelante.

puesta por el P. Francisco de Osuna, de la Órden de San Francisco. Enséñase en dicho escrito una manera de oración muy provechosa para los que tratan de adelantar en el camino de la vida espiritual. Como la Santa no había leido en todo el tiempo que llevaba de religiosa, sino buenos libros, tenía gusto especial en su lectura, y así holgóse mucho de encontrarse con este de que venimos hablando. Tomóle por maestro y guía, determinada á seguir el camino por él trazado con todas sus fuerzas; y el Señor que veía el ánimo de su Sierva tan bien dispuesto para aprovechar en la virtud, abrió su liberal mano para derramar sobre ella los tesoros de gracias extraordinarias. «Comenzó el Señor, dice la Santa, á regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba á unión, aunque yo no entendía que era ni lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera grande bien entenderlo. Verdad es, que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parecía traía el mundo debajo de los piés, y así me acuerdo, que había lástima á los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas» (1). De esta manera la regalaba Dios en estos principios, para disponerla á padecer por su amor penosísimas enfermedades.

Pasados algunos días en compañía del piadoso tío con grande aprovechamiento de su alma, trasladáronla á casa de su hermana con el fin de aguardar al mes de Abril, que es cuando se había de hacer la cura. Llegado este tiempo, lleváronla al pueblo de Bezadas, y aquí estuvo tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia de lo que pedía su delicada com-

(1) Vid. c. IV.

plexión y debilidad de fuerzas. Cargáronla de medicinas de suerte, que al cabo de dos meses tenía casi acabada la vida. La gravedad del mal llegó á tal extremo, que sentía como si con dientes agudos la tirasen del corazón; y al ver los movimientos extraordinarios que con la violencia del dolor hacía, llegaron á temer no fuese rabia.

Pena da oir contar á la Santa el lamentable estado á que la redujeron, así los dolores de la enfermedad como los desatinados remedios que le aplicó la famosa curandera. «Con la falta grande de virtud, dice, porque ninguna cosa podía comer, sino era bebida, de grande hastío, calentura muy continua, y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día, estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios con dolores tan incomportables, que día, ni noche, ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda» (1).

Antes de pasar adelante en los padecimientos de la Santa, habremos de referir un caso harto extraordinario que aconteció en el pueblo de Bezadas.

Vivía en dicho lugar cierto clérigo de harta buena calidad y entendimiento, con quien nuestra enferma Carmelita comenzó á confesarse. Como ya entonces trataba de oración, y con los regalos que en ella recibía iba cobrando grande afición á la virtud, era de poco tomo cuanto confesaba, quedando confuso el mencionado clérigo al descubrir tanta inocencia y candor. Tiene la virtud poderosos atractivos, y gustaba mucho el confesor de conversar con Teresa, á quien había tomado excesivo cariño. Mas como ésta se encontrase embebida en pensamientos de Dios, ellos eran los que prestaban materia para siempre hablar de cosas san-

(1) Vid. c. V. n. 3.

tas. Sus palabras edificantes y persuasivas, fueron haciendo mella en el corazón de aquel pobre sacerdote, el cual, con la grande voluntad que le tenía vínole á declarar la perdición en que se encontraba. Tuvo de él gran lástima la compasiva Teresa, y tomó tan á pechos la salvación de aquella alma, que comenzó desde luego á encomendarle á la Virgen muy de veras. Consiguió, mediante la poderosa intercesión de nuestra Señora, que el clérigo, vuelto á mejor acuerdo, le entregase cierto idolillo de cobre, que una desventurada mujer le obligaba á que trajese colgado del cuello en señal de amor hácia ella. Hízole la Santa tirar al río, y el ministro del Señor, libre de aquella esclavitud de pasiones, comenzó, como quien despierta de profundo sueño, á acordarse arrepentido de sus extravíos; y espantado de tanta ofensa contra Dios, dolióse amargamente de sus pecados, proponiendo eficazmente mudar de vida, como de verdad lo cumplió con grande edificación de aquellos á quienes antes tenía escandalizados. Al cabo de un año murió santamente, dando fundadísimo motivo para creer que se fué al cielo, donde cantará eternamente las misericordias del Señor, y dará gracias sin cesar á la Virgen Santísima y á nuestra Madre que tanto se interesó por su salvación.

Prosigamos con las enfermedades de Teresa, las cuales, al cabo de tres meses de dolorísimas curas, lejos de disminuir, habíanse agravado de manera, que D. Alonso, viendo frustradas sus esperanzas, hubo de tornarla con esta ganancia á casa. Visitáronla de nuevo los médicos de la ciudad, y al verla, todos la deshauciaron diciendo que sobre los males ya conocidos, añadíase ahora el estar tísica. De esto último hacía la enferma poco aprecio. No así de los dolores de nervios, que la fatigaban en extremo; porque además de ser de suyo insoportables, extendíanse desde los piés hasta la cabeza. Dióle el Señor en medio de estos penosísimos padecimientos mucha paciencia para llevarlos por su amor, aprovechándola mucho el haber leído la historia del pacientísimo Job en los Morales de San Gregorio. Traía en el pensamiento, y repetía muy á menudo estas palabras: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Acordábase también de los deseos que, siendo novicia, había tenido de abrazar cualquiera enfermedad que su Majestad fuere servido enviarle, y se resignaba con su divina voluntad.

En tanto, llegóse la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, y como acostumbraba á confesarse á menudo, pidió con instancia que llamasen al confesor. D. Alonso creyendo, por la prisa que metía, que era miedo de morirse, no consintió que se confesara por entonces. En la noche de aquél mismo dia dióle un parasismo que le duró estar sin sentido, y como muerta cerca de cuatro días. Administráronle el Sacramento de la Extremaunción, y temiendo por momentos que espirase, ayudábanla con jaculatorias, diciendo muchas veces el credo, como si alguna cosa entendiera ú oyera. Como el parasismo se prolongaba tanto, y señales de vida no se notaban, hubiéronla por tan muerta, que en el monasterio de la Encarnación tenianla ya abierta sepultura, y de una hora para otra aguardaban las monjas el cuerpo de Teresa para enterrarle, y hasta en un convento de frailes de fuera le habian celebrado las honras. Sin duda la hubieran enterrado, á no estorbarlo D. Alonso, el cual no se podía convencer de que su hija estuviese muerta. La pena del padre por no haberla dejado confesar cuando ella quería, era grandísima, y cierto que estaría bien arrepentido de lo hecho; porque aunque la virtud de Teresa era mucha,

y dado su modo ordinario de vida, pudiera con fundamento creerse que su alma se hallaba en gracia; mas es tal nuestra condición y miseria, mientras nos encontramos atados á esta carne mortal, que en negocio de tanta importancia como es el de nuestra salvación eterna, no hay que fiarse nunca, sinó estarse siempre á lo más seguro; que tal hacen los hombres en otros negocios que no son de tanta monta. Pero en este caso (¡y cuántos hay hoy por desgracia!!) el amor de carne cegó al padre, y tirando á evitar un mal, que no era verdadero mal, pudo poner á su hija á riesgo de irreparable daño. Por eso exclamó después la Santa: «¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre, y tan avisado, que lo era harto, que no fué ignorancia, me pudiera hacer gran daño!» (1).

Habíase de llorar con lágrimas de sangre, y aún esto fuera poco, la ceguedad y desatino de las familias en querer impedir ó dilatar la administración de los últimos sacramentos á sus deudos gravemente enfermos, hasta llegado el momento en que, perturbadas las facultades intelectuales, y acaso privados ya del conocimiento, no son de ordinario capaces de recibir con provecho tanto bien. Solemnísimo embuste es éste, que no sé cómo puede haber tenido cabida entre católicos, que no ignoran tienen un alma que salvar. Pero aun mirada la cosa desde el punto de vista de lo temporal, ¿no es verdad que la paz y tranquilidad de ánimo que resulta de una sincera confesión, contribuye en gran manera al alivio del paciente? Acaso el Señor, dueño de la vida y de la muerte, ha de consentir que el enfermo sane, y prolongue sus días porque sus deudos y amigos hayan tomado la imprudente precaución de impedir que reciba á su debido tiempo

(1) Vid. c. V. n. 4.

los auxilios oportunos, que Jesucristo nos ofrece en aquellos momentos por medio de su amada Iglesia? Maldigo de ese falso amor de parientes, y téngole por la mayor de las crueldades que se puede cometer con un mortal. El hombre ha nacido para morir, y ni un solo momento podrá con toda su industria alargar su existencia mas allá del límite que Dios le tenga señalado desde la eternidad. Y con esto no queremos decir que se hayan de despreciar, ó tener en poco los medios convenientes para la salud y conservación de la vida, sino que estos medios no consistan en poner á peligro de muerte eterna al que por fuerza ha de morir ya hoy ya mañana. ¡Quién nos diera llevar al corazón de todos los padres é hijos, y de todos los que se precian de amigos sinceros estas importantísimas verdades, mas saludables y de más provecho que la misma vida!...

Volvamos ya á D. Alonso que, viendo á Teresa en aquel estado de privación total de sentidos, y apretado por el pensamiento de no haber sido en esta ocasión más prudente, clamaba de lo íntimo del corazón al Señor, y pedíale con muchas lágrimas por la vida de su hija. Fueron oidas sus fervientes oraciones, y al cabo de cuatro días, volvió la Santa en sí, y como si despertara de dulce sueño, comenzó á exclamar: ¿Para qué me han llamado? En el cielo estaba; el infierno he visto, mi padre y Juana Juárez se han de salvar; monasterios he visto que tengo de fundar; muchas almas se han de salvar por mi medio; y mi cuerpo, antes de ser enterrado, ha de estar cubierto con paño de brocado» (1). Pasado algún rato, recobró del todo los sentidos, y habiendo entendido de los circunstantes las cosas que había dicho, y las personas que la habían escuchado, quedó muy corrida y llena de confusión; y sin negar

(1) *Crón.* Lib. I. c. XII. n. 3.

la verdad de la visión, procuró deslumbrarlos, atribuyendo lo dicho á desvarío de la enfermedad. Mas los sucesos que, andando el tiempo, tuvieron lugar, confirmaron la verdad de lo que podemos llamar sueño profético.

De otro peligro vióse también libre Teresa en el tiempo que estuvo enferma en casa del padre. Aconteció que velándola de noche su hermano Lorenzo, quedóse éste dormido sin reparar en una vela que dejaba encendida junto á la cama de la enferma. Estando así, prendióse fuego á las almohadas y mantas, y si no le despertara el humo, hubiera su hermana perecido abrasada; mas el Señor que velaba por la vida de su Sierva acudió el peligro por medio de la diligencia de D. Lorenzo.

CAPÍTULO V.

Cómo quedó Teresa del parasismo.—Recobra la salud por intercesión de San José.—Inculca la devoción á este Santo.—Deja la oración mental con pretexto de humildad.—Aparécesele Cristo atado á la columna, y muéstrale cuanto le desagradaban las conversaciones que traía con seglares.

Lo primero que hizo Teresa después de volver en sí, fué confersarse y comulgar con muchas lágrimas. Quedó de estos cuatro días de parasismo con tan insoportables tormentos, que mueve á compasión el oírselos referir. «La lengua, dice, hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía